



JACLR

*Journal of Artistic
Creation & Literary
Research*

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de máster, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 7 Número 2 (diciembre 2019)

Pablo de Santiago Rodríguez

La dama del cuadrito

De Santiago Rodríguez, Pablo: *La dama del cuadrito*. JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 7.2 (2019)

<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

La dama del cuadrito

Había acudido a aquel balneario en la sierra de Gredos en busca de algo; algo que me ayudase; que me hiciese sonreír; que hablase conmigo y me diese cariño; pero, sobre todo, algo a lo que pudiese amar de nuevo.

Mi mujer me acompañaría buscando el mismo propósito. Solo que, al momento de haber deshecho las maletas, salió corriendo de la habitación para apuntarse a un curso de jogging por el monte que había visto cuando entrábamos.

Comprendí entonces, que esos días se iban a convertir en una de nuestras escapadas juntos en las que, a la vuelta, cuando les contásemos a nuestros amigos todo lo que habíamos hecho, ambos nos sorprenderíamos con las historias del otro.

Ese era nuestro matrimonio: por un lado, el paradigma de la actividad y el movimiento continuo, y por otro, el sedentarismo en persona; la prueba viviente de que aún se le podían agregar muchos significados a la palabra «ociosidad». Esto nos conducía inevitablemente a montones de momentos separados.

Lejos quedaban ya aquellos suplicios a los que me arrastraba cuando todavía no nos mirábamos las cabezas nevadas con melancolía. Pocos recuerdos conservábamos de esos fines de semana interminables, en los que yo ponía cualquier excusa por no salir de casa, mientras ella se subía por las paredes. Tiempo hacía ya desde que dejamos de pensar que amor significaba darlo todo por nuestro querido, sin importar nuestra propia salud. Ahora que ya no teníamos la piel tersa y el espíritu sediento de cariño, nos preocupábamos por lo que nos gustaba de verdad, sin importar que no pudiésemos compartirlo el uno con el otro.

Realizamos un pacto no escrito, por el cual, no invadiríamos los espacios del otro y, desde entonces, cada vez que ella se marchaba a una fiesta o a una conferencia, yo ni me molestaba en preguntar de qué se trataba. La despedía de forma fría y distante, para luego sorprenderla a la vuelta, cuando ya era seguro que yo no podía participar, con un recibimiento majestuoso, propio de un cachorro a los pies de su dueño. La bombardeaba a preguntas y cuidados que, por un lado, me hacían quedar como un marido fantástico, y, por otro, me daba una descripción tan perfecta de aquellos eventos que me permitían recordar a la perfección momentos en los que ni siquiera había participado. Muchas veces, incluso, me sorprendía contándole el argumento de una película que ella había visto unos días antes y yo solo había oído hablar de ella en un programa de radio.

Y así vivíamos: juntos, pero separados. Y a la vez, más al día de la vida del otro que muchas de las parejas que conozco.

Por ello, no vacilé demasiado cuando ella huyó a aquel curso de «*jogging*» (creo que era *jogging*, pero puede que fuese otra cosa), simplemente me tumbé en la cama y dormí hasta que el Sol comenzaba a dar paso al país de los selenitas, escondiéndose detrás de los picos más altos que gobernaban la sierra.

Cuando por fin me desperté, me encaminé al bar del hotel. Decidí sentarme en la terraza y disfrutar de un té. Mientras, admiraba la idílica naturaleza de aquel lugar; perdido en medio de una pradera interminable, iluminada en ese momento, por los restos de un Sol cansado y viejo que, con torpeza, alumbraba a las personas que todavía practicaban todo tipo de actividades ahí fuera.

Entonces, reconocí entre todo ese tumulto de gente a la figura perfecta. El simple hecho de tratar de describirlo trasladando algo tan divino a palabras, podría dañar su verdadera apariencia. Por ello, me limitaré a apuntar que su naturalidad y elegancia alcanzaban esos estadios los cuales ni Fidias ni Miguel Ángel soñaron nunca alcanzar.

Se encontraba pintando el paisaje, fingiendo que lo que le rodeaba estaba a su altura y le costaba esfuerzo plasmarlo con realismo.

Helios, que hasta ese momento me había parecido lo más magistral del entorno, al ver aquel festival de grandeza, terminó de huir como el cobarde que realmente es, propiciando que ella también se apresurase a recoger todo. Por culpa de la marcha del chivato y, porque aún no habían encendido las luces de noche, no pude ver en qué casa se metía.

Me costó un esfuerzo terrible volver a mi habitación. Allí, tumbado en la cama, pensaba que quizás no volvería a verla jamás. Había observado con mis propios ojos las puertas del paraíso, y, como empujado por una trampilla automática, había caído otra vez al mundo real, donde todo me parecía nimio.

De pronto, en medio de toda esta obnubilación, se abrió la puerta del baño, ¿podría ser ella?

En vez de ver cumplidos mis deseos, la realidad aburrida de mi mujer me preguntó desde el baño si quería ir a cenar ¿Cómo podría cenar tras haber probado un cacho, por muy pequeño que fuese, del manjar más sabroso del universo? No. No quería ir a cenar, pues todo me parecería soso. En vez de eso decidí hacerme el dormido y cerrar los ojos antes siquiera que saliese del baño, para no tener que darle ninguna explicación.

A la mañana siguiente, me despertaron los gritos de una clase de tenis cerca de mi habitación. Me puse en pie rápido, con la imagen de la perfección

fija en la cabeza, y avancé por el balneario como un león buscando a mi Nausícaa. No ayudó el hecho de que sentía la cabeza a punto de explotar por las migrañas matutinas y, que también como un león, mi estómago rugía quejándose por la no-cena de la noche anterior. De esta forma, el símil del felino, más propio de un héroe épico, se convirtió en el de un caracol, que asustado por culpa del roce de una mano gigante corre a esconderse en su concha, (en este caso la casa donde me alojaba).

Estaba volviendo a mi Bungalow, humillado por el bochorno de mis propios actos cuando, de repente, como una aparición de la virgen, en la puerta de la casa, con su material de pintura ya habitual, allí estaba ella. Por supuesto, tan perfecta como la otra vez.

¿Qué tipo de provocación era aquella? ¿Por qué se colocaba al lado de mi casa? ¿Acaso me había visto la noche anterior? Estaba claro que me había visto. ¿Qué, si no?

Me sentía estúpido, ciertamente había jugado conmigo el día anterior haciéndose la huidiza y aparentando no haberme visto para tenderme esta trampa al día siguiente. Se había aliado con el Sol, quien, como vengándose por mi insultante descripción de la otra noche, me había expuesto en medio de esa vacía pradera con la luz del medio día, dejando ver todos mis defectos.

Mis inseguridades danzaban al son de la música de la vergüenza y, mi rostro, ruborizado, trató de escapar de allí lo más rápido posible. No fui y hablé con ella, pues pensé que no era digno. Así que, como pude, me colé patéticamente por la ventana de detrás de la casa.

Me planté en el salón y miré por la ventana.

En efecto, allí estaba: su mano derecha sujetaba el pincel con extremada delicadeza, formando la silueta del cuello de un cisne con el resto del brazo; sus hombros, relajados y descubiertos, desembocaban en un pecho extraordinariamente sencillo y a la vez, lo suficientemente voluptuoso, pero sin perder nada de elegancia. El resto de su cuerpo estaba tapado por una sencilla camiseta de tirantes negra. En la parte inferior del ombligo, se vislumbraba una infimísima parte de carne entre el pantalón y la camiseta, ya que sus caderas resaltaban aquel hueco, dejándolo al descubierto con una gran sensualidad. Bajando en un ascensor por su pierna derecha hacia el suelo, el recorrido se haría largo. El pantalón corto dejaba al descubierto la mayor parte de esa maravilla que, durante un largo rato, no pude dejar de admirar. Lo mismo pasaba con la pierna izquierda, que estaba ligeramente flexionada, dejando todo el peso en la pierna derecha. El brazo izquierdo, a diferencia del derecho, se apoyaba en la cadera en forma de jarra. Por la parte superior de su espalda, no muy larga, se extendía una trenza de su negro pelo perfectamente

confeccionada y atada con una coleta amarilla. La trenza dejaba su precioso cuello al descubierto, que hacía que cualquier cuello de cisne que pudiese estar formando con su brazo y el pincel, quedase a la altura del betún. Y por último, su rostro; esa concentración sonriente; esa nariz pequeña; esas mejillas achuchables y con un tono ligeramente rojizo; esos mechones sobrantes de la trenza que caían por su frente dando esa sensación del despeinado perfecto. Todo en ella confirmaba mis confabulaciones del día anterior y no hacía más que idealizarla.

Por ello, decidí tratar de romper esa idealización. Intenté acercarme para hablar con ella. Aún así, debía prepararme a fondo, por lo que cerré los ojos y traté de pensar en la mejor frase para romper el hielo.

Cuando volví a abrir los ojos ella ya se había ido. Salí de la casa y traté de buscarla. No estaba en ninguna parte. No me lo podía creer, la había vuelto a perder ¿Cómo podía ser tan tonto?

Sin embargo, probablemente en una recompensa por mis fallidos intentos de ir a hablar con ella, había dejado su cuadro en el porche. Eso significaba que, si no venía a por ello, era un regalo hacia mi persona. Decidí coger el cuadro, que, por cierto, era un precioso dibujo del árbol de en frente de la casa, y lo llevé dentro.

A pesar de que probablemente nunca la volvería a ver, aquel dibujo era como tener una fotografía de su alma a mi lado para siempre. Aun así, si bien pensé que podría sobrevivir con ello, me apenaba bastante pensar que dentro de poco olvidaría su rostro y todos los gestos que le había visto hacer durante aquella mañana. Pronto todo sería un dibujo borroso, donde la idea de la perfección se habría diluido y solo me quedaría ese melancólico árbol.

Guardé el cuadro debajo de la cama. No quería que nadie más lo viese. Me pertenecía. Aquel dibujo era lo único que me había dejado la dama del cuadrito, y lo conservaría con todas mis fuerzas.

Al anochecer, se abrió la puerta del cuarto, otra vez mi vulgar mujer apareció. De nuevo, esa bajada trepidante a la realidad. Esta vez traía las manos sucias y un olor bastante raro, pero que, de alguna forma, me resultó placentero. Aunque no logré reconocerlo, porque rápidamente se metió en la ducha.

Al rato salió:

—¿Qué tal lo has pasado hoy? ¿Qué hacías mirándome todo el rato desde la ventana del salón esta mañana? ¿No podrías haberme sacado un té helado o algo? Por cierto, he dejado un cuadro secando en el porche y ahora ha desaparecido ¿Lo has visto por alguna parte?

Perfil del autor:

Pablo de Santiago Rodríguez es un estudiante de primer curso del doble grado en historia y filología clásica de la universidad Complutense de Madrid.

Apasionado a la escritura desde una edad temprana, ha ganado concursos literarios en su instituto y ha recibido varios cursos de escritura creativa, tanto en la universidad como en otras instituciones. Por otra parte, sus intereses se concentran en la literatura clásica grecorromana y en las corrientes literarias y de pensamiento de los siglos XIX y XX.

Contacto: <pabdesan@ucm.es>